

## ADOLFO SALDIAS—REVALORACION DEL FEDERALISMO POR DESCENDIENTES DE UNITARIOS <sup>1</sup>

### 1. *Procedencia unitaria del historiador de la Confederación*

Estamos aquí para honrar la memoria de un hombre que nos dió el ejemplo de una vida ajustada al sentimiento de la justicia, como nosotros tratamos de vivirla; y a cuya obra debemos todos, en mayor o menor medida, la primera noción exacta del problema que tratamos de esclarecer. La ocasión que nos congrega es el centenario de su nacimiento, ocurrido en tal día como el de hoy, exactamente hace cien años, el 6 de setiembre de 1849. El Instituto Juan Manuel de Rosas no está en mora con la memoria de Saldías. Por boca de quien os dirige ahora la palabra se ocupó ya de fijar su posición en la serie de los escritores que historiaron la época de la confederación. Pero las deudas espirituales no se extinguen jamás. Y ninguno de los pagos que hagamos nos pueden eximir de repetirlos en cada momento oportuno.

---

1. Este trabajo fue escrito para ser leído en el Instituto Juan Manuel de Rosas, el 6 de setiembre de 1949, al cumplirse el primer centenario del nacimiento del historiador. Se imprimió por primera vez en la revista *Estudios Americanos*, de la Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, en abril de 1952. También se publicó en los *Ensayos Históricos*, del autor.

El Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.C., siguiendo una costumbre, tiene el honor de publicar este artículo de Julio Irazusta, como antes hizo también en homenaje a historiadores fallecidos.

Adolfo Saldías es por antonomasia el historiador de la Confederación. Antes de establecer una escala de valores sobre los méritos comparados de unos y otros entre los que trataron el tema, él queda aparte por la magnitud de su empresa y el tesón con que la realizó. Hasta ahora nadie ha repetido su intento de historiar en forma exhaustiva los veinte años de la dictadura de Rosas. Esa falta de émulos habla de las dificultades que la materia presenta. Y el hecho de que las venciera, prueba una fuerza de espíritu que estaba de acuerdo con su ambición.

Saldías fue político y escritor, actuando casi siempre simultáneamente en ambos caracteres. Su vida y su obra se iluminan recíprocamente. Pero si en el comienzo de su carrera sus amistades y su actuación influyen en sus escritos más de lo que los temas elegidos permitirían suponer, al final el sistema histórico que ha elaborado por sí mismo parece decidir el sentido de sus actos y la elección de sus amigos. Es un porteño de pura cepa criado y educado en Buenos Aires después de Caseros que, como es natural, empieza su vida junto a los más calificados representantes de la tradición unitaria; pero que por efecto de sus propios estudios y reflexiones la acaba junto a los más calificados representantes de la tradición federal.

En efecto, sin antecedentes políticos definidos por su línea paterna, procedente de vascos llegados a América por Perú y Chile, por la materna entroncaba con la más rancia burguesía de Buenos Aires. Con un Castellote, funcionario colonial, cabildante de 1810, unitario: el escribano que levantó el acta de la elección de Lavalle en 1828. Con una Palacios, dama patricia de la lucha contra los invasores ingleses en 1807. Después de pasar en un English Seminary y en el Colegio de Mr. Hempel los estudios primarios, ingresó al colegio nacional de Buenos Aires, bajo el rectorado de Amadeo Jacques y la dirección de los profesores Eusebio Aguero viejo unitario cordobés definitivamente asociado a la causa porteña, Matías Behety, y un fino espíritu liberal, que tuvo cierta figuración nacional, como secretario de Mitre en la legación de 1874 al Brasil, pero que no sé por qué vicisitudes de la vida fue a acabar oscuramente en un rincón provinciano, Gualeguaychú, como íntimo amigo de mi propio abuelo: me refiero a don Antonio Balletto, de quien Saldías aprendió a deletrear y a leer los clásicos de la iglesia, según lo cuenta en un fragmento autobiográfico publicado en un diario porteño poco después de su muerte.

Más importante que la enseñanza regular que podía recibir en el colegio, era la que ya llevaba el muchacho criado en el Estado de Buenos Aires, segregado de la confederación argentina. El mismo describió su formación en la tendencia porteñista neta, al distinguir las dos que dividían al país desde las postrimerías del directorio: "La una se caracterizaba por la idiosincracia del encono despechado hacia los me-

tropolitanos; la otra se traducía en el exclusivismo petulante del metropolitano europeizado, respecto de los provincianos. La una era la expresión del rencor sumido en la penumbra de la pobreza; la otra era el vivo reflejo del egoísmo infatuado con bienes que a todos pertenecían. . . es lo cierto que los de nuestra generación nos educamos en Buenos Aires bajo una de esas tendencias". En el culto a la revolución del once de setiembre, equiparada con la de mayo; en el odio a Urquiza como último representante del vandalaje; en el repudio a los federales que sirvieron a Urquiza o al gobierno de Paraná: Anchorena, Irigoyen, López, Guido; en el desprecio por los apóstatas de la causa liberal: Carril, Derqui, Alberdi, Gutiérrez; en la repugnancia por los mazorqueros recalcitranes y gauchos sableadores: Mansilla, Isidro Quezada, Lagos.

Los profesores que iba a tener en la universidad no eran sin duda de los que pudieran rectificar aquella tendencia, salvo en uno que otro punto de detalle que no podría modificar su dirección general. En la Facultad de jurisprudencia estudió derecho romano y de gentes con Prado y Rojas, cuyo espíritu científico se puede aquilatar por su edición deplorablemente tendenciosa del *Registro oficial* de la nación; criminal y mercantil con Esteves Saguí, constitucional con Florentino Gonzalez, medicina legal con Tomás Perón y Pedro Mallo, economía política con Manuel Zavaleta y Vicente Fidel López, representante máximo del anti-caudillismo, y del liberalismo en boga. La mejor influencia recibida en la casa por el joven Saldías habrá sido tal vez la del notable jurisconsulto José María Moreno, profesor de derecho civil, que le enseñó la materia fundamental de la carrera durante todos los cursos, según la reforma del plan de estudios que se hizo a raíz de la sanción del código de Vélez Sarsfield.

El doctorcito que salió de la universidad en 1874 estaba también cortado a la moda del día, que nadie sin duda habría podido sospechar en él al futuro historiador de Rosas. Llevaba bajo el brazo un diploma de honor con la firma de Juan María Gutiérrez. Era socio del Club del Progreso. Estaba afiliado a la logia masónica Constancia. Después de prestar servicios de guarnición en la guardia nacional, en las filas del gobierno, durante la revolución mitrista contra la elección de Avellaneda, sus primeros pasos en la vida civil fueron los que se debía esperar. Desde sus tiempos de estudiante universitario se había ejercitado en el periodismo, redactando ensayos jurídicos. Ahora escribe trabajos más ambiciosos, que lee en la logia: *Idea del simboismo masónico*, *La ley de las instituciones* y un *Proyecto de constitución masónica*. El gobierno, que le ha dado despachos de capitán, lo nombra secretario de la comisión de marina. Con esos antecedentes no es extraño verlo figurar entre los oradores del teatro Variedades, hoy Odeón, que en mitin liberal protestaron contra la decisión episcopal de entre-

gar la iglesia de San Ignacio a los jesuitas, poco antes de que una multitud enardecida incendiara el colegio del Salvador el 28 de febrero de 1875. Ni tampoco leer su firma entre los invitantes al funeral por las víctimas de Rosas, manifestación organizada por el oficialismo después que el gobernador de Buenos Aires, en decreto refrendado por Vicente Quesada, otro futuro vindicador del caudillo, había prohibido las honras fúnebres que sus parientes quisieron hacerle en el país poco después de su muerte, en abril de 1877.

Esas actitudes no estaban hechas para disuadir a Sarmiento de llevarlo como secretario a la Dirección de Escuelas de la Provincia, cargo que desempeñó el gran sordo conjuntamente con el de senador nacional al dejar la presidencia de la República. Pero don Domingo no era hombre para rodearse de incapaces o mediocres, por mera compinchería política o intelectual. Y para desarrollar las múltiples tareas que llevaba de frente siempre trató de rodearse de los mejores colaboradores. Sea lo que fuere, lo cierto es que en ese puesto Saldías desempeñó la labor eficiente y modesta de esa época de su vida, a la vez que se preparaba para sus grandes trabajos históricos, acumulando datos y estudiando el pasado nacional con una pasión de que dan muestras los vastos conocimientos y los conceptos personales con que se estrenó en la historiografía argentina, aún en formación. Por esos mismos tiempos, en que no se desalentaba la variedad de aptitudes con leyes de incompatibilidad, fue electo diputado a la legislatura de Buenos Aires.

Y a los veintinueve años publica su primer libro importante, el *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina*, editado en 1878 por don Carlos Casavalle. En esta obra, de tema superior a sus cortos años, el joven Saldías razona con sumo vigor su posición de porteñista neto, poco antes de reformarla a fondo, al profundizar los estudios que le permitieron escribirla. Sus guías y maestros son Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, cuyas obras fundamentales ya se habían publicado, aunque en ediciones imperfectas, que luego serían mejoradas, contemporáneamente con los trabajos que don Adolfo proseguiría hasta fijar en una edición definitiva el aspecto de su historia de la Confederación. El *Ensayo* trataba de mostrar los antecedentes de la Constitución en toda la historia patria. Y de conciliar, del mejor modo posible, el aporte de las facciones que a lo largo de varias décadas se habían despedazado por rencillas tan enconadas como insignificantes fueran sus divergencias circunstanciales sobre las ideas instrumentales que las separaron, cuando no las unía a todas el interés del localismo más estrecho. Su conclusión es favorable a la tesis de que la unión nacional y la constitución definitiva del país se deben al general Mitre, vencedor en Pavón "sobre las miras disolventes del último de nuestros caudillos".

El libro revela, como dijimos, vastos conocimientos y un gran vigor de espíritu. Con todo no le prestaríamos mayor atención si no hubiese sido escrito por el mismo autor de la obra que ocupa en nuestra estima un lugar de tanta preferencia. Los juicios de Saldías sobre don Juan Manuel, estampados en el *Ensayo*, deben interesarnos por contraste. No por las verdades que encierran, inexistentes en realidad. Sino para medir el camino que de ellas lo separaba al joven escritor.

Si Urquiza había salido tan mal parado, ¿qué justicia podía esperar Rosas? En cuanto empieza el capítulo que a él le dedica, dice que el caudillo “soñó con la barbarie que erigió en sistema del país en que nació”. Y por el mismo tenor prosigue luego afirmando que su primer gobierno fue una serie de violaciones del derecho, una tiranía de 3 años; que hizo derrocar a su sucesor Balcarce para demostrar que en Buenos Aires nada se podía sin contar con él; que la ley del 7 de marzo de 1835 fue una mera sanción de la tiranía; que los cuatro opositores del plebiscito se honraron con su voto en contra; que la reelección de 1840 fue una nueva sanción legislativa de la tiranía; que Rosas se hizo adorar en los altares; que la resistencia de Montevideo al sitio de diez años fue gloriosa; y que los motivos del Brasil para aliarse con Urquiza en 1851 fueron progresistas.

Sin embargo por entre esa maleza de prejuicios recibidos brota la semilla de la idea que lo llevará a una mejor comprensión del asunto. En efecto, Saldías ve muy bien ya en esta obra dos o tres cosas que hasta entonces se olvidaban: que con la iniciación de Rosas en la vida pública, en 1820, el poder cambia de base en Buenos Aires. Que cultivando el odio a Rosas se provocaría una reacción contraria, capaz de presentar al caudillo a los ojos de una sociedad renovada, como “algo semejante a San Martín, acaso superior a todos nuestros estadistas”; que Rosas “fue el representante genuino de una época que no se había sucedido todavía, pero que necesariamente debía marcarse alguna vez en nuestra sociedad, dada la composición de esta. En una palabra, Rosas fue la encarnación viva y palpitante de los sentimientos, de las ideas, de las aspiraciones de nuestras campañas, que, con él a la cabeza, se impusieron por la primera vez a la Provincia”.

Esta idea no es tan original como la profética intuición de que Rosas podría llegar a ser tenido por el primer estadista nacional. Como que se remonta a aquella frase de Sarmiento: “Las vacas dirigen la política argentina. ¿Qué son Rosas, Quiroga, Urquiza? Apacentadores de vacas, nada más”. Pero es la idea que llevará a Saldías a enfocar la época de Rosas con un afán de comprensión equivalente a la simpatía de que estaba muy alejado al emprender su estudio. Por otra parte, su criterio no es exactamente como el de su maestro Sarmiento, el del simple naturalismo que juzga las actividades espirituales del hombre por su medio físico, seguido por los liberales cultos desde los tiempos

de Montesquieu. Saldías pertenece más bien a la escuela organicista, que considera a las sociedades como seres humanos, que se desarrollan según un ritmo de evolución semejante al de las edades del hombre, infancia, juventud, madurez, ancianidad, y por las que fatalmente se pasa siempre que no sobrevenga una temprana muerte. Por eso dice en el *Ensayo* que Rosas era indispensable, y que aún sin la ejecución de Dorrego aquel hubiese llegado al gobierno, porque era el último resultado de "la obra que venían elaborando las campañas". No es este el momento adecuado para discutir el fundamento de aquella teoría, tan insuficiente para comprender la actividad humana —imperecedera en su aspecto espiritual por efímera que sea la envoltura material que le sirve de instrumento— como todas las tentativas de medir las obras del espíritu por el cartabón deducible de la naturaleza. Bástenos decir que de ella se sirvió para llegar a esta idea que pudo alcanzar sin ayuda de ningún aparato doctrinario: "Si Rosas representó en el gobierno las aspiraciones de la mayoría de la provincia, si ésta se empeñó en mantenerlo en él, legalizando todos sus actos por medio de demostraciones de adhesión que jamás prodigó a ningún otro gobernante, ¿la historia debe descargar sobre la cabeza de Rosas todas las acusaciones, todo el oprobio, toda la odiosidad que pueda inspirar la tiranía? ". La respuesta, evidentemente negativa, que como toda persona sensata debía dar el doctor Saldías, se halla a lo largo de mil ochocientas páginas de texto y trescientas sesenta de apéndices documentales, en la *Historia de Rosas y de su época* que empezó a publicar tres años más tarde.

Si el planteo del problema no varió un ápice de una a otras obras, los juicios particulares acerca de cada episodio de la historia narrada variaron en muchos pormenores como de la noche al día. Para no entrar en detalles que luego retendrán nuestra atención, las variaciones más obvias acerca de puntos ya señalados son éstas. En el *Ensayo* dice que Rosas derrocó a Balcarce; en la *Historia* trata de probar que nada tuvo que ver con la revolución de los restauradores. En el *Ensayo* presenta la ley del 7 de marzo de 1835 como un movimiento espontáneo de la mayoría dirigente porteña; en la *Historia*, como un resultado de las circunstancias aciagas creadas en el país por el asesinato de Quiroga y la general conflagración preparada por los enemigos de Rosas y de la que aquel crimen no era más que uno de los síntomas. En el *Ensayo* atribuye importancia decisiva a la delación de Martínez Fontes en el descubrimiento de la conspiración Maza; en la *Historia*, ninguna. En el *Ensayo* juzga loables y progresistas los móviles del Brasil al aliarse con Urquiza para ir a Caseros; en la *Historia* prueba que fueron arteros e insidiosos, y tan perjudiciales para el propio Brasil como para la República Argentina.

Dije antes que la empresa de escribir un *Ensayo sobre la historia*

de la constitución argentina era superior a los veintinueve años que entonces tenía su autor. Porque las biografías de los grandes espíritus me han enseñado que si florecen temprano, maduran un poco más tarde. Y que si bien los poetas o artistas en general que dan las flores de hechura humana, pueden producir sus obras maestras en la primera juventud, los historiadores o pensadores, que dan los frutos, deben esperar un tiempo más. De haberlo hecho, el Dr. Saldías se habría evitado las contradicciones de detalle que señalé. Pero en cambio no nos habría ofrecido esa lección de honestidad intelectual que fluye del valor que tuvo para estampar, con diferencia de pocos años, conclusiones opuestas a las que había presentado en su primer intento serio de interpretar la historia nacional.

## 2. Conjeturas sobre una evolución intelectual

Antes de analizar su gran obra, tratemos de explicarnos la evolución que a ella le condujo. Porque evolución hubo. Si en la idea central no existe del *Ensayo a la Historia*, la hay de la formación del Dr. Saldías al criterio que aplicó a Rosas y su época.

Siempre me han interesado mucho estas evoluciones de hombres pertenecientes a una tradición, que revisan los juicios recibidos de sus antepasados y de su medio ambiente, y se esfuerzan por valorar la ajena. Sobre todo en nuestra historia, donde la lucha entre los bandos tradicionales adquirió aspecto más irreconciliable, perdura hasta nuestros días y sofoca más que en ninguna otra parte el libre movimiento del espíritu científico. Por lo mismo que los representantes de la historiografía conservadora las escamotean habitualmente, nosotros debemos esclarecerlas hasta donde nos sea posible. No por mera curiosidad psicológica, sino porque cuando provienen de espíritus poderosos y elevados, son prueba de que la inteligencia apetece la verdad y se somete al objeto, y el esclarecimiento de la evolución ayuda mejor a delinear el perfil de las cosas que la provocan.

Por desgracia don Adolfo Saldías no ha dejado una relación detallada de su aproximación al tema, como lo enfocó en su obra clásica. El fragmento autobiográfico ya citado no alcanza a la época en que la escribió. Y las *Memorias inéditas*, cuya publicación prometió entonces su hijo José Antonio, no salieron a la luz hasta ahora, que yo sepa.

No por eso dejaré de intentar una exploración de aquel proceso evolutivo operado en el espíritu de un porteño neto, que a fuerza de estudio y buena fe llega a comprender gran parte de lo que le enseñaran a odiar. Uno de los hilos conductores para orientarnos en el laberinto de aquella conciencia puede ser la amistad y la colaboración con Sarmiento. Ciertamente el autor de *Facundo* fue forjador o propagan-

dista de los grandes mitos de la leyenda roja; las antítesis de civilización contra barbarie, de ciudades contra campañas, de porteños contra provincianos, que obstruían entonces y obstruyen aún hoy el estudio de nuestra historia. Pero ningún gran espíritu, (y va de suyo que Sarmiento lo era) por sectario que sea, puede evitar de reconocer, aunque sea en privado, las virtudes de lo que odia y que ante el público niega. No puede menos que juzgar con despego, al tomar la perspectiva que da el tiempo, sus arrebatos pasados como un volcán que, al cesar su erupción, estudiara su propia lava.

Por las expresiones sobre sus propios trabajos o sobre el caudillo (a quien los asestaba como proyectiles) que dejó escapar durante o después de la lucha, se puede colegir lo que habrá dicho a su secretario en la Dirección de Escuelas, de 1875 a 1879, cuando Saldías concebía el plan de su gran obra y preparaba los materiales que le permitirían componerla. Todos nuestros lectores conocen la esquila con que Sarmiento envió al general Paz un ejemplar de su libelo antirrosista: "Remito a V. E. un ejemplar del *Facundo* que he escrito con el objeto de favorecer la revolución y preparar los espíritus. Obra improvisada, llena por necesidad de inexactitudes, a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de tantos medios tocados para ayudar a destruir un gobierno absurdo y preparar el camino a otro nuevo". La capacidad que negaba deliberadamente a Rosas, se la reconocía poco después, diciendo que la naturaleza lo había dotado de una "inteligencia penetrante y aguda" que "sólo por una miserable y ridícula porfía de partido se le puede negar". Atribuía también "un conocimiento completo de la sociedad en Sud América" y una destreza casi taumátúrgica "para tocar las cuerdas sociales y producir los sonidos que le interesan". Luego, pronosticando el próximo fin del caudillo dice que "si su enemigo cayera en sus manos, no sólo le dejaría vivir para que viese lo que él pudo hacer y no hizo en bien de su país en veinte años de poder absoluto, sino que le haría su consejero de Estado, por la mucha experiencia de los negocios que ha adquirido en tantos años, por su conocimiento de los hombres, su rara astucia, su energía indomable, y otras cualidades eminentes que bien dirigidas serían de grande provecho para el gobierno de la nación". Después de Caseros, en carta que escribió a Nicolás Avellaneda desde Nueva York, en 1865, decía: "Necesito y espero de su bondad de V. me procure una colección de tratados argentinos, hechos en tiempos de Rosas, en que están los tratados federales que los unitarios han suprimido después con aquella habilidad con que sabemos rehacer la historia". Por último, al aparecer *Las neurosis de los argentinos célebres*, de Ramos Mejía, escribió: "Prevendríamos al joven autor que no reciba como moneda de buena ley todas las acusaciones que se han hecho a Rosas, en aquellos tiempos de combate y de lucha, por el interés mismo de las doctrinas científicas que explicarán los hechos verdaderos". Ad-

vertencia formulada en 1878, que habrá hecho verbalmente a su secretario mucho antes de darla por escrito, mientras Saldías cambiaba ideas con él sobre el curso de sus lecturas. Y que, cualquiera sea el modo en que llegó al autor de la *Historia de Rosas*, le serviría.

Pero estas confesiones de Sarmiento, esporádicas como debían ser, al ritmo cambiante de una conversación torrentosa, que mezclaba comentarios del día con recuerdos del pasado, no habrían surtido mayor efecto si no hubiesen caído en terreno preparado. El hecho de que una reacción similar a la del joven Saldías se operase hacia la misma época en muchos de sus contemporáneos, revela lo que en su afán de comprender la tradición opuesta a la suya había de común con los movimientos del alma colectiva. ¿Náusea del odio sectario, de las acusaciones irracionales, de las prédicas desautorizadas por el ejemplo, de las palabras en contradicción con los hechos? Menos que averiguar la causa interesa señalar el efecto. Por esos años Manuel Bilbao, salido del riñón del liberalismo continental, había llegado a conclusiones favorables a Rosas mucho más avanzadas que las de Saldías, aunque su falta de tesón le hiciese dejar otra obra inconclusa, y el resultado de su esfuerzo fuese por eso menos impresionante; había empezado una *Historia de Rosas*, con pretensiones científicas pero en la que recogió todas las escorias de la calumnia banderiza; la había interrumpido en la mitad de su curso, como sintiendo al fin la inanidad de su empresa; y puesto en contacto con Antonino Reyes, ex-edeacán de Rosas, había reconstruido la época con singular acierto en el enfoque, si bien sus deficiencias de narrador le impidieron dejarnos una obra lograda cabalmente. Poco más tarde Vicente Quesada, firmante de la prohibición contra el funeral de Rosas, por el estudio de la historia diplomática llegó a comprender el acierto del caudillo en el manejo de las relaciones exteriores, que tanto habían estropeado sus enemigos y sucesores. Iniciativa que había de ser continuada por su hijo Ernesto, autor de las más exhaustivas monografías sobre la guerra civil provocada por la agresión francesa entre 1838 y 1841. Por último, aunque no sabemos en qué época situar el propósito de Samuel Lafone Quevedo de legar una fuerte suma de dinero destinada a sufragar los gastos que pudiera ocasionar la repatriación de los restos de Rosas, no podemos dejar de relacionarlo con ese movimiento común de una generación formada en el antirrosismo neto por desandar el camino recorrido por sus padres. El conocido estudioso de nuestras antigüedades indígenas era hijo del famoso Lafone, judío inglés que a favor de la lucha contra Rosas y el largo sitio de Montevideo se había hecho dueño de media capital uruguaya, incluso la casa de gobierno, con especulaciones leoninas que eran la diaria vida económica de aquel nido de aventureros. Radicado el hijo en el país al que su padre hiciera tanto mal, y quien sabe por qué extraña vuelta del destino, enamorado de nuestra tierra como uno de sus más genuinos habitantes, su legado para repa-

triar los restos de Rosas se nos antoja como una especie de seguro contra los efectos de ese dogma católico de la reversibilidad, según el cual una generación paga las culpas o cobra el premio de las virtudes de la que la precedió, y que se halla en una u otra forma en todas las religiones. Esas reacciones, esas rectificaciones, tan comunes ya a los treinta años de Caseros, entre los hijos de antirrosistas, y que hoy no se producen ni por casualidad entre los principales epígonos de la misma causa, eran tan naturales entonces como lo es ahora su ausencia. Aquellos hombres eran señores, aún en el caso del judío Lafone Quevedo, que por su padre lo era sólo de ayer. Eran hombres cuyo espíritu se determinaba por razones desinteresadas, capaces de jugar su carrera en una revolución o en un desafío intelectual a los prejuicios imperantes. Los que hoy siguen la tradición unitaria no suelen ser sino ganapanes, servidores de todos los gobiernos, partidarios de toda libertad pasada y de toda opresión actual, que no rectificarán su punto de vista sectario y verdaderamente retrógado hasta que no vean que su mueca antirrosista estereotipada ya no da de comer.

Junto con las inquietudes que trabajaban al joven Saldías sobre el problema de Rosas, iría realizando el acopio de los materiales indispensables para fundar la obra que meditaba. Mucha incertidumbre reina aún hoy sobre las personas de quienes los obtuvo. Los diarios de esta mañana repiten una versión, muy vieja entre los estudiosos; la de que se los habría suministrado la propia hija de Rosas. Hallo varios inconvenientes para aceptarla. Aunque no he tenido tiempo para cotejar a fondo las dos ediciones del gran libro de Saldías, o sea la que empezó a publicar en 1881 para acabarla en 1887, en tres tomos de tamaño desigual, y la edición definitiva de 1892, que se conoce por todas las hechas posteriormente, y que él anunció como muy aumentada, no me parece que exista sensible diferencia entre una y otra, en cuanto a los materiales o a los puntos de vista. El primer tomo de la primera, aparecido en 1881, y el de la segunda, aparecido en 1892, sobre poco más o menos, llevan los mismos documentos en sus respectivos apéndices. Ahora bien, aquella es anterior a su viaje a Londres y a su trato con Manuelita. Y si se hallara que los otros tomos tampoco muestran grandes variantes entre una y otra década, resultaría, como creo, que antes de tener en sus manos los *papeles secretos de Rosas*, de que él mismo hablaba en el *Ensayo sobre la historia de la constitución*, ya estaba en posesión de todo los materiales esenciales que utilizaría en su libro.

Por otro lado, hay una carta de Manuelita a un corresponsal suyo en nuestro país, publicada por el escritor uruguayo Montero Bustamante, y reproducida por Mario César Gras en su *Rosas y Urquiza*, en que se manifiesta el asombro de la señora ante la riqueza de la información acopiada por Saldías: "¿cómo nuestro ilustrado escritor

ha podido reunir tanto documento fehaciente, referencias tan fieles? ¡Es realmente admirable! ". Si ella se los hubiera suministrado ¿formularía tal pregunta? Lamento no conocer la fecha de esa carta. Por ella sabríamos si el asombro de Manuelita es posterior a la aparición de los tres tomos de la primera edición, concluída en 1887, o sólo a la del primero, publicado en 1881.

Por último el propio Saldías, al contestar la acusación de Ramos Mejía, en el prólogo historiográfico del *Rosas y su tiempo*, de que don Adolfo se habría dejado mesmerizar por los descendientes de Rosas y sus confabulados, se defiende repitiendo el propósito científico que lo había inspirado. Pero omite toda referencia acerca de dicho cargo. Su silencio podría ser tomado por la aquiescencia del que calla. Pero él no era hombre de tapujos. Y la acusación de haber cedido a solicitudes personales en materia tan íntimamente relacionada con los intereses públicos, proveniente de un colega y amigo, le habrá parecido demasiado subalterna para ser recogida. Y en todo ese artículo, donde esperábamos hallar la ecuación del federalismo póstumo de un descendiente de unitarios, es visible el afán de aparecer ajeno a todo móvil extra-intelectual.

Que no habiendo tenido conocimiento de los papeles que Rosas se llevó a Inglaterra, Saldías hubiese logrado reunir la ingente masa de documentos fehacientes y de referencias fieles que asombró a Manuelita, no es un arcano difícil de penetrar. Antes de caer don Juan Manuel sentía que su opinión en el país había disminuído. El pronunciamiento de Urquiza produjo el aflojamiento general de los resortes de su régimen, pese a todas las apariencias. Lo que no podía escapar a un hombre de tan fina intuición como él. Al encarar la posibilidad de su derrota, en aquellas circunstancias habrá previsto uno de esos movimientos de vileza colectiva, comunes al ocurrir violentos cambios de gobierno. Y temido que el número de sus partidarios que traicionaría su memoria sería infinitamente mayor que el de los tráfugas y renegados que en realidad se sumaron a las huestes del vencedor. Por eso se preocupó ante todo de salvar del naufragio no caudales que le permitieran vivir en opulento destierro (primera preocupación de los viles capaces de oprimir a los pueblos), sino los papeles que servirían para presentarlo fehacientemente ante la posteridad. Pero era una precaución innecesaria. Por un lado, sus enemigos estaban mentalmente extraviados, y creían que sus peores estupros contra el interés de la nación, eran acciones loables, dignas de una cena en el Pritáneo, y no pecados cuyas huellas debieran borrarse. La destrucción de documentos de la época de Rosas, de que se habla vagamente entre los simpatizantes del federalismo rosista, o meramente caudillesco, si alguna vez ocurrió, habrá sido un caso aislado, fruto de una que otra conciencia remordida. En realidad la documentación oficial dejada por la dic-

tadura, que se conserva en los archivos nacionales, de la capital y de las provincias, es ingente y valiosísima, y su existencia revela la vanidad de los temores de Rosas. Por otro lado su propio escrúpulo de documentarlo todo a saciedad, en la época de su administración, hacía igualmente innecesaria su precaución de llevarse a Europa, cajones de papeles. Casi todas las notas, circulares, incluso cartas privadas que salían de su pluma se copiaban en infinitos ejemplares. Y no es aventurado suponer que de la mayoría de los documentos que viajaron con el dictador en el Conflict, camino del destierro, quedaba una copia en el archivo del Estado y varias otras en poder de particulares.

Entre estos había muchos fieles, que los conservaron con amor, y que a su debido tiempo (precisamente la época en que se produjo la señalada reacción entre los hijos de antirrosistas) se honraron en mostrarlos. Tal Antonino Reyes, el colaborador de Manuel Bilbao. Las vicisitudes de la política, que Saldías jamás abandonó pese a sus intensos trabajos históricos, los acercarían al que creemos su principal proveedor de papeles y referencias fehacientes: el hijo del coronel don Hilario Lagos.

Las circunstancias que llevaron a Saldías a las filas de Buenos Aires en el 80 no pueden detenernos ahora, si no queremos extraviarnos demasiado en digresiones. Sólo nos interesa señalar dos resultados de esa militancia política. Que a los 6 años de haber estado junto a Avellaneda contra Mitre, aparecía ahora junto a Tejedor contra Avellaneda. Y que si antes de ahora conocía al joven Lagos, la camaradería de las armas habrá hecho su amistad tan íntima que el hijo del servidor de Rosas no podía tener escrúpulos en abrir su pecho y su archivo al joven y valiente compañero que tanto interés mostraba por la época en que su padre, entonces en plena juventud, se cubría de gloria en las luchas contra los europeos, más puras que las tristes rencillas domésticas que desde entonces eran el pan cotidiano de la vida militar.

Sea como fuere, al caer el régimen que había defendido, Saldías abandona el país en una especie de exilio voluntario, llevando probablemente los originales de su obra sobre Rosas y su época. Pues un trabajo tan ingente como el que se encierra en las 369 páginas de texto y 46 de apéndices documentales que forman el primer tomo, publicado en 1881, es difícil de improvisar en las andanzas de un primer viaje a Europa, lejos de las fuentes nacionales que para el tema las del viejo mundo no podían suplir. Los otros dos, aparecidos en 1884 y 1887 respectivamente, redactaríamos en medio de la incesante actividad social, literaria y política que desplegó a su regreso entre nosotros.

### *3. Ensayo de un juicio sobre la Historia de la Confederación Argentina.*

El hecho de que la obra se completara en el espacio de casi una

década, contando no solamente los seis años que median entre la aparición del primero y del último, sino también los que habrá llevado la preparación y ordenación del material antes de dar nada a luz, no disminuye en un ápice la calidad del esfuerzo. Quienquiera se haya empeñado en una tarea similar, en condiciones parecidas, sabrá por sí mismo lo que cuesta llevar a cabo una obra como la de Saldías. El respeto que esa labor inspira es la primera consideración que se presenta al examinarla. Y ninguno de sus críticos, favorables, o adversos, dejó de señalarla.

No faltaremos al respeto que se le debe diciendo las divergencias que ella provoca en nosotros. Porque al fijarlas estamos seguros de ser fieles a su enseñanza. Porque él supo cultamente disentir con sus contemporáneos, en medio de una coincidencia de fondo, y adelantar el conocimiento histórico argentino sin romper con quienes se empeñaban en mantenerlo estancado. Y porque al hacerlo la caracterizaremos mejor.

Para comenzar por el comienzo digamos que Saldías, a diferencia de los que hoy valoramos favorablemente la experiencia rosista, condena el sistema colonial español, al estilo de los liberales del siglo XIX, y que al reseñar los antecedentes nacionales dice que la colonia rioplatense fue "un pueblo que vegetó cerca de 3 siglos en el oscurantismo y la servidumbre más enervantes". Su lenguaje acerca de los caudillos federales del año 20 es algo más moderado que en el *Ensayo sobre la historia de la Constitución*, derivado de las diatribas de Vicente Fidel López. Pero deja ver reticencias equivalentes a sus anteriores juicios adversos. Al hablar de los tratados del Pilar no dice para qué se comprometió Buenos Aires a ayudar con armas a Santa Fe y Entre Ríos. Al considerar los motivos de la guerra recuerda las invasiones que asolaron a Buenos Aires en el año de la anarquía, pero no las que asolaron a Santa Fe en los años precedentes, y fueron una de las causas principales de aquellas; y cuando al fin salva la omisión se ve que lo hace para no dejar sin explicación el auxilio de ganado a Santa Fe, como episodio fundamental de la carrera de Rosas. Su anti-artiguismo es todavía tan recalcitrante como el de los porteños netos que no se resignaban a morir. Sus elogios de Rivadavia —un verdadero panegírico—; de Manuel José García, cuya política oriental excusa; de Juan Cruz Varela, desentonan por su falta de reservas, en el curso de una historia en que sus adversarios, por simple acción de presencia, corrijen tan excesivas alabanzas. Puesto a valorar la tradición federal sin abandonar lo esencial del criterio unitario, a veces empieza favorablemente sus juicios acerca de los héroes menores del unitarismo para acabarlos en contra.

Su versión del pleito de la Rioja con la presidencia de Rivadavia es imprecisa. Al decir que los hombres del gobierno nacional desaten-

dían las solicitudes de aquella provincia sobre las minas de plata, no deja adivinar la importancia del conflicto y la grave inconducta cometida por aquellos. Los riojanos no solicitaban, sino que reclamaban. Y el asunto estaba suficientemente esclarecido desde que Angelis lo analizó en el *Archivo Americano*, con tanta precisión, que Vicente F. López repitió la misma interpretación en su *Historia*. Ante el debate económico entre los federales porteños y los federales provincianos no hace el menor esfuerzo por comprender la nueva economía política preconizada por Ferré, la que contra toda apariencia, tiene enorme importancia para explicarse plenamente la experiencia rosista, si no como se planteó en un principio, como se desarrolló y acabó. Su diti-rambo de Echeverría es tan sin reservas como el de Rivadavia. Se entusiasma con la idea de sacar lo mejor de los dos partidos tradicionales para echar las bases de uno nuevo, y repite contra Rosas la crítica del *Dogma Socialista* por no haber organizado al país con una constitución escrita, sin sospechar el trascendente pensamiento de los federales rosistas, de organizarlo empíricamente, que Bilbao ya atisbara en la introducción a la *Vindicación y memorias de Antonino Reyes*. Al comentar el debate de la legislatura bonaerense sobre la cuestión francesa se extasia con la oratoria del opositor Wright, y no dice palabra de la muy superior exhibida por los oficialistas García y Anchorena, cuya política sin embargo acepta. Al llegar a la época del terror se ve que le falta experiencia personal de la época en que se atenta contra la vida de un caudillo excepcional para dar una idea cabal de las sangrientas escenas provocadas por las conspiraciones unitarias, en medio de los conflictos exteriores. En consecuencia recae en el error de los liberales ochocentistas, de atribuir la guerra a muerte entre unitarios y federales a la herencia española. Por último al condenar los extravíos de Florencio Varela, en su prédica del *Comercio del Plata*, no por eso deja de admirar sus escritos que, por ser de fondo tan deleznable, ostentan una forma de mérito muy discutible. Y parece no haber siquiera advertido la superioridad de la réplica feliz opuesta a aquel insensato, sea por los redactores de la *Gaceta Mercantil*, sea por Pedro de Angelis, director del *Archivo Americano*, pese a que utiliza los datos de ambos con frecuencia y a veces hasta reproduce sus argumentos. En suma, Saldías ha abordado la historia de Rosas sin abandonar sus principios liberales, sus viejas admiraciones por los héroes del unitarismo y porteñismo neto, sus categorías de juicio anteriores al estudio de la época que ahora lo apasionaba. Y en consecuencia su interpretación del caudillo y de su obra es muy parcial, porque no destaca sus grandes condiciones personales como es debido: su intuición de la oportunidad, su conocimiento de los hombres, su receptividad para cultivarse en materias que al principio le eran ajenas y en las que acaba por superar a sus colaboradores, su larga paciencia —equivalen-

te al genio según la definición de Buffon— su plan de organización empírica del país, su política trascendente de confraternidad americana. No es que haya omitido elogios de esas cualidades. Pero al prodigarlos a quienes representaban las opuestas, los ha diluído y resultan bastante menos demostrativos.

En cambio nos ha hecho ver con insuperable relieve dos aspectos fundamentales del caudillo: el elemento campesino que con él entró desde 1820 a dar nueva base al viejo Estado criollo, y la gloriosa resistencia a la intromisión anglo-francesa, resistencia con que salvó la existencia de la patria y acabó felizmente la empresa de la independencia nacional, comenzada por los libertadores, según se lo reconoció San Martín, el primero de todos ellos.

Veamos ante todo las bellezas de detalle que contiene la gran obra. Con ese talento digresivo que al aplicarse a la defensa de los indefendibles, lo hacía desentonar, Saldías sembró su libro de admirables monografías aún no superadas, sin por eso perder el hilo de la narración general. Tales, la exposición de la parte que tuvo Rosas en la elección de Martín Rodríguez; la de los antecedentes nacionales en las islas Malvinas hasta 1833; la que se refiere a la conquista del desierto por Rosas, con la explicación de por qué se perdieron sus resultados después de Caseros, dada por el nuevo conquistador Julio Roca; la que versa sobre la condición del extranjero en el país. Sus exégesis de los puntos delicados en la historia de Rosas, como las facultades extraordinarias, o los fusilamientos de San Nicolás, o las crisis de violencia de 1839, 40 y 42 son menos buenas, porque entraban menos en la órbita de su espíritu liberal. Aunque no deja de señalar con destreza que las primeras serían retrógradas en 1880, cuando él escribía, pero no lo eran en 1830, después de las dictaduras terroristas de Lavalle y de Paz; que los segundos eran represalias contra el terror unitario; que las terceras se asemejaban a las reacciones de los revolucionarios franceses cuando la patria estaba en peligro. Aunque político práctico, Saldías no dominaba a fondo la teoría de su actividad. Y sus enfoques de aquellos puntos, en que tenía suficiente estímulo para exhibirse, son deficientes. Era en cambio felicísimo al esgrimir las ilustraciones históricas que servían para reforzar sus argumentos. Así por ejemplo con motivo de Lavalle, sin apoyar demasiado en sus extravíos al aliarse con el extranjero, recuerda los nombres de Coriolano, aliado de los volscos contra su patria, Roma; a Montmorency, agente de Felipe II; a Almonte, mejicano promotor del imperio de Maximiliano. Y con igual aptitud, al recapitular la sangre derramada por Rosas recuerda una frase de Paul de Saint-Victor sobre las ejecuciones ordenadas por Richelieu contra los magnates franceses que servían al rey de España: "Era necesario el patíbulo para que estos bellos señores aprendiesen

a respetar la patria. La idea de que ella es inviolable nació de la sangre que Richelieu hizo derramar”.

Su mérito fundamental, a nuestro modo de ver, no ya como escritor que ha puesto en circulación un tema hasta entonces soslayado o ignorado, sino como servidor de los altos intereses nacionales, es haber señalado los peligros que amenazaron a la patria a mediados del siglo XIX, bajo el disfraz de una lucha por la libertad, y que la fuerte mano de Rosas evitó. Concepción tanto más loable cuanto que provenía de un hombre que había dado pruebas, y daría aún mayores, de que por la libertad era capaz de arriesgar la vida. Saldías ha señalado con gran destreza que Rosas fue el primer estadista americano que resistió con éxito a las mayores naciones europeas y el primer estadista ultramarino que evitó una empresa de colonización en el siglo XIX, cuando la fuerza de las grandes potencias colonizadoras era incontrastable, sobre todo cuando se aliaban como lo hicieron contra nosotros. Para cubrirse ante la opinión liberal a que pertenecía su espíritu, avala su aserto con unas palabras de Sarmiento, su maestro, que en 1866 estaba de vuelta de muchos errores. Para desvirtuar las afirmaciones de los que alegaban la inocuidad de la intromisión francesa en 1838, les recuerda que la conquista de Argel empezó como simple reparación de agravios, pero acabó como empresa de colonización. Señala perfectamente bien la política de abrir los mercados ultramarinos a la industria europea que perseguían los anglo-franceses en 1845; y que las pretensiones de éstos, sostenidas por Florencio Varela, equiparaban a América con Asia y Africa. Y hace tocar como con la mano que la intervención no resistida pudo establecer la jurisdicción efectiva de Francia e Inglaterra en el Plata.

Pero todos esos méritos de detalle no habrían surtido mucho efecto sino se hallasen ensamblados en una narración de extraordinario brío, que les dio más valor del que hubiesen tenido aisladamente, y que constituye la cualidad maestra del historiador de la Confederación. En efecto, el arte de la composición, más importante para la gran literatura que el don del estilo, Saldías lo tenía en un grado extraordinario. En él radica el secreto de su éxito, porque él es lo que más sirve para hacerse leer. Que Manuelita y su esposo lo leyeran como una novela, nada tiene de extraño. Luego de treinta años de ayuno moral, para el apetito con que devoraban el fabuloso número de páginas que completaban la *Historia de Rosas* todo pan duro habría sido blando! Pero Mitre leyó los tres tomos en un día y una noche. Y cualquiera que repita la experiencia hallará difícil dejar el libro hasta no haber leído su última página.

El juicio de don Bartolo así lo reconoce luego de objeciones que

eran de esperar por su parte y en las que no podemos detenernos: "Reconozco" le escribió en 1887, "la inmensa labor que encierra su libro, verdaderamente extraordinaria en la compulsa de documentos comprobatorios, la metódica ordenación de las materias, la extensa exposición de los hechos —a veces por demás prolija—" (en lo que se refiere a los unitarios, lo admitimos), "revelando en el estilo y en los corolarios un notable progreso intelectual que hace a usted honor como trabajador, escritor y pensador, haciéndolo a la literatura argentina como producción intelectual de largo aliento que la enriquece, suministrando un nuevo contingente a la historia". Diez años más tarde, Groussac, al presentarlo a los lectores de su revista *La Biblioteca*, emitió opinión coincidente, aunque más acogedora. De su tendencia general decía que presentaba "la lucha abierta y pertinaz contra el novelón unitario, el cual nació según unos como trasunto fiel de los hechos y según otros de las acusaciones justas e injustas de los vencidos a los vencedores, en una época de pasiones desbocadas y de crímenes comunes; y que exagerada más tarde como desagravio de algunos e industria de muchos, por los que tuvieron en sus manos la conciencia popular, se han mantenido hasta los días actuales debido a la credulidad indolente y a la inercia de las ideas aceptadas". Después de una profesión de escepticismo histórico, el maestro vuelve a la obra de Saldías negándole el don del estilo, pero reconociendo que "tiene en cambio el ardimiento y la fuerza, que muchos prefieren; y en cuanto a su espíritu crítico, puede decirse que aprecia los hechos y los hombres sin estrechez ni apasionamiento. . . A su fuerte voluntad literaria y sus condiciones de escritor, poco comunes, el Dr. Saldías agrega un acendrado carácter y de un interés siempre inquieto y celoso por las cosas de la patria. Su nombre se halla ligado a más de un acontecimiento importante de la política argentina, y, repartida así su actividad entre esas altas preocupaciones, ha logrado, con raro esfuerzo, ser igualmente útil a su país en la una como en la otra".

Por si no lo hubiesen advertido los malévolos, Saldías prevenía en su obra, y repitió luego en los escritos con que la defendió, que él no necesitaba probar su amor a la libertad y su odio a la tiranía. Tanto como su caída junto a Tejedor en las trincheras del 80, lo habían distanciado del régimen nacional sus estudios históricos. Desaparecidos Sarmiento y Avellaneda, los nuevos representantes de aquel, como Roca, aunque más afines que los anteriores con un movimiento de conciliación entre federales y unitarios que coincidía con sus conclusiones, no se podían comparar con Bernardo de Irigoyen y Leandro Alem, que entonces conquistaron sus simpatías.

Saldías estuvo entre los partidarios de la candidatura del primero a la presidencia de la República, en 1885, cuando Mitre lo vetó por

su calidad de ex—servidor de Rosas. Y con él concurrió a los preparativos de la Revolución del 90. Antes de que estallara se había convertido en el íntimo amigo del gran tribuno, jefe civil del movimiento, con quien entró al Parque de artillería en la madrugada del 26 de julio de aquel año. Desde entonces fue uno de los seis fieles que contra viento y marea, arrostrando prisiones y destierros rodearon al caudillo hasta el día de su muerte, y a quienes don Leandro convocó en su domicilio antes de suicidarse, para que su cadáver no cayera en manos extrañas. Desaparecido Alem, Saldías reanudó su intimidad con Irigoyen, jefe de la fracción radical que abandonó la intransigencia para volver a las vías legales. Con él reconquistó las posiciones oficiales en la provincia de Buenos Aires, siendo ministro de obras públicas en la administración de don Bernardo, vice—gobernador en la de Marcelino Ugarte, prestando los servicios de que habla Groussac.

Jamás había cesado entretando su actividad literaria. Imposible detallarla a esta altura de nuestra recordación. Pero debemos señalar que como prueba de su buena fe y de su afán de saber, nunca desmentidos, sus últimos escritos, como el prólogo al *Quijote*, y sus observaciones al margen del libro *Un siglo de instituciones*, escrito por encargo del gobierno de Buenos Aires para celebrar el centenario de la nación, revelan una renovación de su espíritu. El viejo liberal, enemigo del supuesto oscurantismo español, ha desaparecido. Y en su lugar hallamos un intelecto muy siglo XX, capaz de comprender todas las novedades que hoy nos sirven para enriquecer la interpretación de la época que él fue el primero en enseñarnos a mirar con simpatía.

Antes que nos diera los frutos que de su inteligencia aún podíamos esperar, murió prematuramente a los sesenta y cinco años, en el desempeño de la embajada argentina en Bolivia.

La obra de Saldías sobrevivirá. Por haber jalonado el terreno de la época de Rosas en forma insuperable. Y por haber realizado la tarea con verdadero espíritu científico. En ningún momento sintió la tentación, tan común en los reivindicadores de grandes caudillos, de confundir el plan de la acción Política con el plan de la reflexión histórica. Obsérvese que concluye su obra en 1887. De explicar a Rosas, a sostener el unicato de Juárez en 1890, la pendiente inclinada habría sido invencible para un espíritu menos bien templado. Otros hombres distinguidos, sin el aparato intelectual que Saldías pudo manejar para disculparse no tuvieron a menos declararse incondicionales del presidente de la república. Con su amor vital por la libertad —conciliable con su comprensión intelectual de la autoridad— prestó el mejor servicio posible a la reivindicación de la memoria de Rosas. Mostrando con

... libros cómo se puede amar a los caudillos cuando son indispensa-  
bles, y con su acción cómo se los debe combatir cuando están de más,  
interesó a la opinión por el examen científico de la época, como no  
lo consiguió nadie que no fuera tan eminente ciudadano como él.

*Julio Irazusta.*

